

a una edad todavía muy joven y creo que a partir de ese momento Juan José se sintió más obligado para con un movimiento en el que tantas ilusiones habían puesto su mujer y Eugenio Vegas.

De profunda religiosidad, ya se ha encontrado en el cielo con esas dos personas que tanto supusieron en su vida. A nosotros, desde la tristeza de estas horas, no nos cabe sino alegrarnos de que Dios nos pusiera en el camino a Juan José Morán González. Porque si le imitamos seremos sin duda mejores.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA.

P. OSVALDO LIRA SS. CC.

El año 1996 se nos ha llevado para siempre al P. Osvaldo Lira, aquel religioso chileno, menudo de cuerpo y grande de alma, que llegó a ser uno de los puntales de la resistencia católica tradicional frente a la ola de descreimiento y apostasía que ha invadido, aun dentro de la propia Iglesia, a nuestro siglo.

Hace ahora dos años, la Universidad Adolfo Ibáñez de Chile le dedicó un cálido homenaje con ocasión de su 90 cumpleaños. Fruto de ese homenaje fue un grueso volumen de testimonios en torno a su personalidad y pensamiento en el que colaboramos casi cuarenta amigos y discípulos, unidos todos en una misma gratitud y admiración hacia el maestro que ahora nos ha dejado.

Muy joven todavía, en 1940, el P. Lira fue enviado por sus superiores de los Sagrados Corazones a Europa para completar sus estudios de teología y filosofía. Al poco de su llegada a Bélgica, la invasión alemana le obligó a venirse a España donde permanecerá sin interrupción hasta 1952. Conoce entonces la España de la recién lograda victoria en la Cruzada de Liberación, con su fervor religioso y patriótico, con sus ansias de reconstrucción moral y material en medio de ruinas y de heridas aún no restañadas. La sagacidad de su espíritu le mostró enseguida la trascendencia de la lucha que se

había sostenido en nuestra patria y la polarización en ella de concepciones inconciliables de la vida.

Por una parte descubrió en el tradicionalismo español, concretamente en Vázquez Mella, la culminación de un pensamiento a la vez religioso y político capaz de oponerse coherentemente a la Revolución moderna. Ello le inspiró un primer libro titulado *Nostalgia de Vázquez Mella*, una de las mejores síntesis del orador asturiano. La introducción a ese pequeño libro termina con estas palabras: «Debe afirmarse que la doctrina de Mella no es UNA política, es LA política a que debe adherirse quienquiera desee ver realizados en la vida colectiva de la sociedad civil los principios fundamentales de la moral cristiana y de la filosofía escolástica».

Por contraposición, percibió también la sugestión que aún ejercía en «la otra España» —la laicista y europeizadora— la obra de Ortega y Gasset, tanto literaria como filosófica y políticamente. A una aguda crítica de la misma dedicó dos tomos bajo el título *Ortega en su espíritu*, en los que demuestra la vacuidad última del llamado «raciovitalismo». Tampoco dejó de percibir el P. Lira en aquellos años la influencia totalitaria y caudillista que sobre el régimen español ejercían los países del Eje. Su denuncia fue todo lo enérgica que las circunstancias permitían.

Tras dejar en España una amplia estela de amistad y magisterio, regresó en 1952 a Chile para dedicarse a labores docentes que culminarían en el desempeño en la Universidad Católica de Santiago de las cátedras de Metafísica y Estética. Hacia 1965 vuelve por poco tiempo a España, y en 1967 regresaría definitivamente a Chile. Con ocasión de este regreso me envió una larga y cariñosa carta de despedida, carta que conservo y de la que merecen transcribirse aquí algunos párrafos premonitorios y sumamente significativos. De su fecha —31 de enero de 1967— hace exactamente treinta años. Se acaba de clausurar el Concilio, y ha comenzado para él —como para tantos clérigos— el martirio de su espíritu sacerdotal.

«Las cosas —me decía en su carta— van tomando en Chile un giro verdaderamente demoníaco. No es que se dibujen bartruntos de persecución o que la Iglesia vaya a ser atacada por los

enemigos de fuera. Es que se está pudriendo por dentro. S.E. el cardenal Silva Henríquez, arzobispo de Santiago, es el hombre más siniestro que cabe imaginar. Acaba de invertir los caudales del culto en comprar acciones millonarias de una sociedad cuya sigla es DILAPSA que publica una serie de revistas ultrapornográficas como *Eva*, *Adán*, *Vea*, *El Pingüino* y otras de acusado tinte marxistoiide. (...) Y hasta ahora ni las reiteradas cartas a Roma ni las reclamaciones al Nuncio han obtenido respuesta alguna. ¡Dios quiera que algún día quien está a la cabeza de la Iglesia se dé cuenta de sus responsabilidades! (...).

«La anarquía litúrgica es pavorosa. Conozco gentes que ya no acuden a la iglesia porque les resulta más fuerte que ellas el estar oyendo auténticas herejías en la predicación, profanaciones en la misa, en el sacramento de la penitencia... Estoy convencido de que estamos entrando en los últimos tiempos. ¡Dios haga que se abrevien estos días por amor a los elegidos! Porque de lo contrario se corre el peligro de que nadie en Chile esté en condiciones de salvarse. Penétrese de una cosa, Rafael: de que, a pesar de todos los pesares, ustedes en España están en el Paraíso comparado con lo que está aconteciendo en los demás países. Es preciso estar aquí, sufrir las predicaciones dominicales, los dictámenes morales que los sacerdotes dan públicamente, a vista y paciencia de los obispos, sobre anticonceptivos, control de la natalidad, etc., para darse cuenta cabal de lo que ha llegado a ser un ambiente religioso como el nuestro de Chile, que, si se hace treinta años podía calificarse de decente, hoy día es la impudicia lo que está entronizado en todos los puntos clave de la Iglesia. Por eso no ceso de pedir a Dios que nos asista. (...)

«Ahora estoy dando la última mano a una obra titulada *El misterio de la poesía* de la que le ofreceré un ejemplar. Pienso llevarla yo mismo a España junto con una *Ontología del conocimiento* en la cual he venido trabajando varios años (...)

Ese mismo año de la carta (1967), pocos meses después, la Universidad Católica en que enseñaba el P. Lira apareció *tomada*

por los estudiantes marxistas, que promovieron una anticipación menor de lo que sería el Mayo del 68 en París. «Pocos adivinaron entonces que entrábamos en una espiral de violencia que había de durar años e iría *in crescendo* hasta abrasar a toda la sociedad chilena en un fuego que estaría a punto de destruirla» (Julio Retamal). Fueron los años revolucionarios y anárquicos de Salvador Allende, respaldado en todo momento por el cardenal Silva Henríquez. Es difícil imaginar lo que sufriría en esos años el P. Lira, que tuvo un amplio protagonismo en el ámbito universitario con una actitud a la vez enérgica y conciliadora.

Los libros que en su carta me enunciaba el P. Lira vieron la luz, así como otros, aparecidos después de 1973, tras la intervención militar pacificadora que deparó a Chile un período de sosiego y prosperidad que, en cierto modo, llega hasta el presente: *Verdad y libertad* (1977); *De Santo Tomás a Velázquez pasando por Lope de Vega* (1981) y cinco títulos más.

Pienso que la crisis en que se debate actualmente —desde hace treinta años— la Iglesia Católica y lo que perdura de la Cristiandad que ella inspiró es sólo comparable a la gran convulsión que en los siglos III al V azotó a la Iglesia en la lucha contra el arrianismo. Igual desconcierto, igual penetración de la herejía en todos los niveles de la jerarquía eclesial, igual desesperanza de sobrevivir. Dios, sin embargo, inspiró en aquella época a unos cuantos varones apostólicos que fueron en su época luchadores incansables, héroes y mártires, y que hoy veneramos como santos.

Gracias a ellos se restauró la verdadera fe, se pacificó la Iglesia y pudo pervivir tras ellos mil quinientos años hasta nuestros días. Seguramente hoy está sucediendo lo mismo, y podrían quizá citarse los diversos apóstoles que laboran en grupos y modos distintos por lograr el mismo efecto salvífico que la restauración trinitaria del siglo IV. Cuando dentro de uno o más siglos se escriba la historia de la Iglesia en nuestra época se mencionará a estos varones apostólicos con la veneración con que hoy recordamos a San Atanasio, a los Gregorios Niceno y Nacianceno, a San Basilio o a San Leandro.

El P. Lira formará sin duda entre estas figuras providencia-

les, entre aquellas a quienes tocó «pelear el buen combate» en los países de la vieja Hispanidad de uno y otro lado de los mares. Pidamos a Dios que le permita desde el Cielo seguir propiciando la salvación en la fe de nuestras almas y las de nuestros descendientes.

RAFAEL GAMBRA.